

## JUAN 17,9-26

### TEXTO

«<sup>9</sup>Yo ruego por ellos; no ruego por **el mundo**, sino por los que *me has dado*, pues son tuyos; <sup>10</sup>y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío, y soy glorificado en ellos. <sup>11</sup>Y ya no estoy en **el mundo**, pero ellos están en **el mundo** y *yo voy a ti*.

<sup>11</sup>Padre santo, guárdalos en tu nombre, que *me has dado*, para que sean uno, como nosotros.

<sup>12</sup>Cuando estaba con ellos, **yo** los guardaba en tu nombre, que *me has dado*; y los he custodiado y nadie de ellos se ha perdido sino el hijo de la perdición, para que la Escritura fuera cumplida.

<sup>13</sup>Pero ahora voy a ti, y hablo estas cosas en **el mundo** para que tengan en sí mismos *mi alegría colmada*. <sup>14</sup>Yo les *he dado* tu palabra; y **el mundo** les ha odiado porque no son **del mundo**, como **yo** no soy **del mundo**. <sup>15</sup>No te ruego que los apartes **del mundo**, sino que los guardes del maligno. <sup>16</sup>No son **del mundo**, como **yo** no soy **del mundo**.

<sup>17</sup>Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad. <sup>18</sup>Como me enviaste **al mundo**, también **yo** les he enviado **al mundo**. <sup>19</sup>Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en verdad.

<sup>20</sup>Pero no ruego sólo por éstos, sino también por quienes creen en mí por su palabra, <sup>21</sup>para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y **yo** en ti, para también ellos estén en nosotros, para que **el mundo crea** que tú me enviaste. <sup>22</sup>Y yo la gloria que *me has dado* la *he dado* a ellos, para que sean uno como nosotros somos uno, <sup>23</sup>**yo** en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno para que **el mundo** conozca que tú me enviaste y les amaste como me amaste a mí.

<sup>24</sup>Padre, lo que *me has dado* quiero que donde **yo estoy** estén ellos conmigo, para que contemplen mi gloria, la que *me has dado* porque me amabas antes de la fundación **del mundo**. <sup>25</sup>Padre justo, **el mundo** no te ha conocido, pero **yo** te he conocido; y éstos conocen que tú me has enviado. <sup>26</sup>Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer, para que el amor con el que me amaste esté en ellos, y **yo** en ellos».

### COMENTARIO

.- **Introducción a los vv. 9-19:** Hay claros indicios de que la sección central de la oración tiene tres partes. Se inicia con la afirmación de Jesús de que ruega por los discípulos (v. 9), y luego describe la situación en que se encuentran en el mundo. En el v. 11b, Jesús se dirige a Dios como «Padre santo» y le pide que cuide a sus frágiles discípulos, que sea «un padre» para ellos. Finalmente, en el v. 17, retomando el tema de la santidad de Dios, Jesús le pide que los santifique, haciéndoles santos como lo es Jesús. Esta sección se despliega del siguiente modo:  
1. Jesús ruega por los discípulos en el mundo (vv. 9-11a). Jesús está a punto de partir, pero los discípulos se quedarán. Esta sub-sección se caracteriza por la forma en que Jesús se refiere a la situación en que se encuentran los discípulos: «el mundo». Con esta palabra se abre (v. 9: «no ruego por el mundo») y se concluye (v. 11a: «Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo») la sub-sección. 2. Para que el Padre santo sea «padre» para los frágiles discípulos (vv. 11b-16). Al dirigirse a Dios como «Padre santo», Jesús pide en primer lugar al Padre que sea un «padre» para ellos, manteniéndoles a salvo y protegiéndoles. La petición de que el Padre «guarde» a los discípulos abre (v. 11b) y cierra (v. 15) la sub-sección. 3. Para que el

Padre santo santificara a los discípulos (vv. 17-19). Jesús pide que el Padre extienda su santidad a los discípulos para que puedan repetir la santidad de Jesús al ser enviados al mundo como Jesús también lo había sido. La petición por la santidad de los discípulos abre (v. 17) y cierra (v. 19) la sub-sección.

La sección se centra casi totalmente en los discípulos de Jesús; al Padre se le pide que cuide a estos frágiles seguidores de Jesús para santificarlos. Este tema de la fragilidad de los discípulos estaba muy presente en los relatos del lavatorio (13,1-17) y del don del bocado (13,21-38), flanqueando la afirmación central de Jn 13,18-20. En Jn 17 se encuentra en el centro de la oración. Son enviados al mundo, como Jesús fue también enviado al mundo (v. 18), pero esto remite a otro grupo por quien Jesús ruega, es decir, por quienes crean en él mediante la palabra de ellos (vv. 21-26).

**- Jesús ruega por sus discípulos en el mundo (vv. 9-11a):** Habiendo señalado a los discípulos como prueba de que ha llevado a su perfección la tarea que el Padre le había encomendado (vv. 4.6-8), ahora proclama que está rogando por ellos (v. 9). Jesús no ruega por el mundo, sino por aquellos que el Padre les ha dado (cf. vv. 6-8). Todo cuanto pertenece al Padre le ha sido dado al Hijo (cf. 16,15), y los discípulos forman parte de este don (v. 10a), pero tienen su propia responsabilidad: Jesús es glorificado en ellos (v. 10b). La repetición en la vida de los discípulos de la autodonación amorosa de Jesús revelará que son discípulos suyos (cf. 13,34-35; 15,12.17). Las palabras que Jesús dirige al Padre indican que así como la realización de la tarea que el Padre la había encomendado glorifica al Padre (v. 4), de igual modo la presencia continuada de este mismo tipo de amor entre sus discípulos glorifica a Jesús (v. 10b). En el umbral de «la hora», Jesús dice al Padre que él ya no está en el mundo (v. 11a). En un sentido estrictamente físico, Jesús está a la mesa con sus discípulos (cf. 13,1-5), y, por tanto, aún forma parte de la historia humana. Ha llegado a su fin la revelación pública de Dios al mundo (cf. 12,36b), pero aún quedan muchos acontecimientos por delante: «la hora» (cf. 12,23.31-32; 13,1; 17,1), el levantamiento en la cruz (3,14; 8,28; 12,32), la reunificación del mundo entero (cf. 10,16; 11,52; 12,11.19.32), la revelación de la gloria de Dios y la glorificación del Hijo (cf. 11,4; 12,23; 13,31-32; 17,1.5). Los discípulos seguirán en el mundo (v. 11a), pero Jesús retornará al Padre (v. 11a). Todavía no ha retornado al Padre todavía, pero ha comenzado un proceso mediante el que Jesús será glorificado (cf. 11,4; 13,23; 17,1.5). Él está pasando de este mundo al Padre (cf. 13,1; 17,5), pero tiene otra tarea más que cumplir: debe amar a los suyos hasta el final (13,1). Mediante la realización de esta tarea, él retornará al Padre y los discípulos serán los portadores que proseguirán la misión de Jesús (cf. 13,15.34-35; 15,12.17; 17,10). La misión de Jesús en el «mundo» ha llegado a su fin (v. 11a), pero la de los discípulos está a punto de comenzar (v. 11a).

**- Para que el Padre santo fuera un «padre» para los discípulos (vv. 11b-16):** A lo largo de la oración Jesús se dirige a Dios como «Padre», pero aquí le añade un calificativo: «Padre santo» (v. 11b). Estos dos elementos determinan las restantes sub-secciones de esta sección central de la oración (vv. 11-16: padre, vv. 17-19: santo). Jesús pide al Padre que sea un «padre» para los discípulos, que les cuide. A pesar de las palabras de Jesús sobre los discípulos en los vv. 6-8, éstos siguen siendo frágiles en un mundo hostil (cf. 13,2.10-11.12.18.21-30.36-38; 16,29-31) y no sobrevivirán a menos que el Padre los guarde en su nombre.

Todo cuanto Jesús es y hace, surge de la unión con el Padre (cf. 10,30.38), una consecuencia del hecho de ser el Enviado del Padre. Todo lo que es del Padre es también del Hijo (cf. 16,5), y, así, «el nombre» del Padre se le ha donado a Jesús (17,11b). Jesús dio a conocer a los discípulos todo lo que podemos saber sobre la realidad de Dios: «el nombre» del Padre (17,6; cf. 15,15). El hecho de que el Hijo posea «el nombre» hace posible que revele «el nombre» del Padre, que no le pertenece por derecho, sino porque se le ha regalado. Jesús pide al Padre que los guarde en su nombre, que cuide de sus frágiles discípulos congregándoles en cuanto puede

conocerse de la realidad de Dios, creando una unidad entre ellos, repitiendo la unidad que siempre ha existido entre Jesús y el Padre. Jesús utilizó la expresión «el nombre» de Dios en el v. 6 para mostrar que había dado a conocer cuanto podía conocerse sobre Dios. A Jesús se le «dio» este conocimiento, el fundamento de la unidad con el Padre (v. 11c). Él pide para que sus discípulos, a quienes les ha manifestado «el nombre» (cf. v. 6), pudieran ser guardados en ese nombre por el Padre, experimentando, así, la misma unidad (v. 11d).

- Jesús rememora la solicitud que ha tenido por ellos. Ha hecho lo que ahora pide al Padre: los ha guardado en el nombre de Dios (v. 12a). Al pedir al Padre que fuera un «padre» para los discípulos, Jesús comenta que él los ha guardado y los ha rodeado de una protección (v. 12b) tan efectiva que ninguno de ellos se ha perdido, excepto «el hijo de la perdición» (v. 12c). Interpretada frecuentemente como una alusión a Judas, hemos de atribuirle el mismo significado que tiene en el único otro lugar en que aparece en el NT: Satanás (2Ts 2,3.8-9). El único personaje del relato de Jesús a quien no puede «protegerse» es a Satanás, que fue quien planeó la traición (cf. 13,2). Jesús lavó los pies y compartió el bocado con Judas a pesar del plan de Satanás (cf. 13,2). No obstante, Satanás entró en Judas (cf. 13,27) «para que se cumplieran las Escrituras» (17,12d; cf. 13,18). Hay un orden divino en los acontecimientos de la vida y muerte de Jesús que están fuera de su control. El hijo de la perdición escapa al control de Jesús, pero ha podido proteger a sus discípulos. Durante el tiempo que han pasado con él, han sido purificados por su palabra (cf. 13,10; 15,3), que ellos han guardado (17,6), y han creído que es el Enviado del Padre (cf. 16,30; 17,8). Jesús les ha manifestado el nombre de Dios (cf. 17,6). Jesús ha guardado y protegido a todos los discípulos que el Padre le había confiado, incluyendo a Judas. Tal como manifiestan sus gestos en 13,1-17.21-38, ni siquiera a Judas puede juzgársele como algo perdido. La intervención del hijo de la perdición forma parte del plan más extenso de Dios manifestado en las Escrituras, pero así es el amor ilimitado de Dios revelado en el amor infalible de Jesús hacia sus frágiles discípulos (cf. 13,18-20). Pide al Padre que sea un «padre» para todos los discípulos, incluido Judas.

El tiempo de la presencia física de Jesús con sus discípulos está acabando, pues ha comenzado el proceso de la ida (v. 13a) hacia el Padre. Es importante que mientras está hablando aún en el mundo, los discípulos oigan su petición al Padre, en la que le pide que los guarde tras su partida. De este modo se vencerá toda la ansiedad sobre su futuro y su alegría será plena, como la alegría de Jesús (v. 13). Esta sección de la oración, en la que se pide al Padre que «guarde» y proteja a los débiles discípulos, termina (vv. 14-16) con la repetición de los temas que se encuentran a lo largo del discurso y en las primeras partes de la oración. Los discípulos no son «del mundo» como tampoco Jesús es «del mundo» (v. 16; cf. 15,19). Esto indica que ellos no pertenecen al príncipe de este mundo, al hijo de la perdición (cf. v. 12), al poder de la oscuridad, a las fuerzas del mal que se alinean contra Jesús para matarle (p. ej., 11,49-50.57; 12,9-11). Jesús ha venido para dar a conocer a Dios, pero «el mundo» le ha rechazado a él, al que le envió y a sus discípulos (v. 14; cf. 15,18-16,3). Frente a esta oposición, e incluso violencia (cf. 16,2), la revelación de Dios proseguirá.

- **Para que el Padre santo santificara a los discípulos (vv. 17-19):** Los discípulos de Jesús no pueden simplemente disfrutar de la protección de Dios (vv. 11b-16). Jesús pide que sean santificados por un Dios santo (vv. 17.19), que sean santificados en el conocimiento de Dios, en la verdad (v. 17). La identificación con la voluntad de Dios les hará santos. Ser santo significa ser uno con un padre santo. Los discípulos son los destinatarios de la manifestación de Dios en Jesús, y han llegado a creer que él es el Enviado de Dios. Jesús ruega para que puedan vivir una existencia santa que se corresponda a la santidad de Dios, que se les ha revelado en y a través de Jesús. Así como la relación de Jesús con el Padre determinó su vida, la relación de los discípulos con Jesús, que les ha revelado la verdad, determina la suya. Los discípulos tienen que convertirse en los enviados del Enviado. Tienen que dar a conocer a Dios en el mundo. Así

como Jesús dio a conocer a Dios en y mediante su misión como el Enviado de un Dios santo (v. 18a), así también los discípulos siguen dando a conocer al mismo Dios como enviados de Jesús (v. 18b). La revelación de un Dios santo exige un Enviado santo. La misión de dar a conocer a Dios es lo que determina la exigencia de santidad (vv. 17 y 19).

Jesús ha llegado al momento de su final autodonación amorosa para que se revelara la gloria de Dios. Por sus discípulos -los que están a la mesa con él, y todos los discípulos- llevará a realización plena su máximo acto de amor. La total identificación de Jesús con el plan de Dios (cf. 4,34; 5,36; 17,4) y su relación con la acción vivificadora y judicial de Dios (cf. 5,19-30) constituyen la base de su santidad. Por tanto, Jesús puede atribuirse un acto final y consumado de santidad en «la hora», el levantamiento, la reunificación, la revelación de la gloria de Dios y la glorificación del Hijo. Pero la santidad de Jesús no constituye un fin en sí misma (cf. 3,16-17; 10,14-18; 13,1; 15,13). Dirigiéndose a Dios en presencia de los discípulos, Jesús se compromete en un acto final de santidad a favor de ellos, de tal modo que en su autodonación total, que da a conocer el amor de Dios, les presenta la santidad que debe ser también la suya (v. 19).

- **Introducción a los vv. 20-26:** La oración se abrió con dos sub-secciones: Jesús, que ha dado a conocer a Dios, ora por su propia glorificación (vv. 1-5) y comenta la fe y el conocimiento de los discípulos (vv. 6-8). Una estructura paralela retorna en esta sección final. Jesús pide que Dios sea dado a conocer mediante la unión de todos los que creen en él (vv. 20-23), que resulta en una unión de amor entre el Padre, el Hijo y todos los creyentes, compartiendo su glorificación, que continuará dando a conocer a Dios (vv. 24-26). La sección se desarrolla como sigue: 1. Una unión que da a conocer a Dios (vv. 20-23). Jesús ruega que la unión de todos los que crean en él por la palabra de los discípulos pueda dar a conocer a Dios. Esta sub-sección de la oración se caracteriza por la repetición de «para que todos sean uno» (vv. 21.22.23). 2. Glorifica (vv. 24-26). Jesús pide que todos los creyentes vean su gloria y sean integrados en la unión que une al Padre y al Hijo, dando a conocer, así, a Dios. Esta sub-sección se abre con un cambio de forma literaria. Jesús expresa su voluntad (v. 24) más que una petición (cf. vv. 1.9.20).

- **Una unión que da a conocer a Dios (vv. 20-23):** Jesús no sólo ruega por los discípulos que están a la mesa (v. 20a), sino también por aquellos que serán el fruto de su actividad misionera: «por los que creen en mí gracias a la palabra de ellos» (v. 20b). En contraste con la tradición sinóptica (cf. Mc 6,1-13; Mt 10,1-11,1; Lc 9,1-6; 10,1-12), en el relato joánico no se nos informa de ninguna actividad misionera de los discípulos, aunque hay un indicio de ella en 4,35-38. Pero Jesús ruega ahora por aquellos que ya creen por la palabra de los discípulos. El hecho de que Jesús hubiera dado a conocer a Dios a los discípulos ha abierto una nueva posibilidad: tomar parte en la unión que existe entre el Padre y el Hijo (cf. v. 11b). Esta petición se repite en el v. 21ab, y en el v. 21c se añade otro elemento más. Jesús pide ahora que este grupo de creyentes sea integrado en la unidad que existe entre el Padre y el Hijo. Jesús pide en primer lugar al Padre que los creyentes sean uno (v. 21a). La yuxtaposición de los «muchos» en «uno» expresa el objetivo de la oración de Jesús, pero se da un único modelo de unión (cf. también v. 11b). Como el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, así también tendría que suceder entre los creyentes (v. 21b). Pero la unidad entre los creyentes no es un fin en sí mismo; es «para que el mundo crea que tú me has enviado» (v. 21c). Ciertamente, Jesús no ruega por «el mundo» (v. 9), pero ha sido enviado al mundo y envía a sus discípulos al mundo (17,18). Gracias a la misión de los primeros discípulos, otros han llegado a creer que Jesús es el Enviado del Padre (v. 20). La cadena misionera se desarrolla interminablemente. Otro grupo de creyentes tiene que reflejar en la historia humana la unión que existe entre el Padre y el Hijo para que «el mundo» pudiera creer que Jesús es el Enviado de Dios.

En el v. 22 se produce una ligera desviación de la forma literaria de la oración. Jesús dice al Padre aparte, aunque lo escuchan los atentos discípulos, que la reciprocidad entre sí mismo y el Padre que comunica a los creyentes es la «gloria». En coherencia con la utilización de esta

expresión a lo largo del evangelio, retorna la idea bíblica de la revelación de Dios. El amor y la unión que existen entre el Padre y el Hijo desde todos los tiempos (cf. 1,1-2; 17,5) se ha hecho visible en y a través del don del Hijo (cf. 1,14; 3,16). La vida, la enseñanza y los signos de Jesús han constituido la revelación de la gloria de Dios (cf. 2,11; 5,44; 7,18; 8,50-54; 11,4.40), que fue rechazada por «los judíos» porque prefirieron la gloria de los hombres (cf. 12,43). Pero hay algunos a los que se les ha dado (cf. vv. 6-8) el amor de Dios hecho visible en la gloria de Jesús. Jesús ya ha pedido por su unidad (cf. v. 11b). Ahora ruega por la unión entre aquellos que han llegado a creer, gracias a su palabra, que Jesús es el Enviado de Dios (v. 20). Jesús ha dado el amor y la unión compartida por el Padre y el Hijo a los creyentes. La gloria, que es el amor conferido al Hijo por el Padre (v. 22a), está presente en la historia humana en la gloria que Jesús ha dado a los creyentes (v. 22a). Jesús pide que la unión de amor entre los creyentes refleje la unión de amor que existe entre el Padre y el Hijo (v. 22b).

.- Tras esta breve pausa retorna la forma literaria de la oración, pero la cadena de relaciones prosigue hasta el v. 23. Jesús ruega ahora por la inhabitación recíproca afirmada en el v. 22. Evocando 15,1-11, Jesús pide al Padre que la permanencia recíproca se realice en una recíproca inhabitación entre Jesús y los creyentes, y el Padre y Jesús (v. 23a). La realización de esta inhabitación ha de tener dos consecuencias, una interna y otra externa. En el primer caso producirá una situación en la que el Padre posibilita la perfección de la unión entre un grupo más reciente de creyentes (v. 23b: «para que sean perfectamente uno»). Pero -como a lo largo de la oración- Jesús no hace de esta intensa comunión entre los creyentes un fin en sí mismo. La unión tiene el objetivo de dar a conocer a Dios. El don de la gloria, dada a Jesús por el Padre y transmitida a los creyentes (cf. v. 22), traspasa los límites de una comunidad creyente unificada en el mundo. El resultado final de la petición que hace Jesús por la unión entre el Padre, Jesús y los creyentes es que la gloria del amor que los une, dé a conocer a Dios al mundo (v. 23c). El amor de Jesús y el amor recíproco de los creyentes dan a conocer el amor que se encuentra tras el envío del Hijo, es decir, a Dios (cf. 3,16). El amor de Jesús a los suyos no tiene como objetivo confortarlos y animarlos. Inevitablemente, conduce a una misión que se corresponde con la suya (cf. vv. 17-19): dar a conocer a Dios (v. 23b; cf. v. 3).

.- **Glorifica (vv. 24-26):** Un cambio de tonalidad se introduce en la oración cuando Jesús expresa su deseo (v. 24) de que todos los que el Padre le ha dado estuvieran con él «allí». La expresión «a quienes tú me diste» podría limitarse a los discípulos, a quienes se describe de este modo en los vv. 6-7, pero el efecto acumulativo de la oración hace improbable esta interpretación. También están implicados aquellos que creen en Jesús por la palabra de los discípulos (v. 20). Jesús ruega por todos los que han sido tocados por su amor, que da a conocer la unión que existe entre el Padre y el Hijo (cf. vv. 21-23). Expresa su deseo de que se construya un puente sobre el abismo que existe entre la unión del Padre y el Hijo, y la ambigua situación de los frágiles discípulos y creyentes que están en el mundo pero no son del mundo (cf. vv. 11.14-15.16). En una situación transformada se vencerá toda fragilidad y se unirán a Jesús en un nuevo «lugar» (cf. 14,2-3), para contemplar la gloria que Jesús tiene como resultado del amor del Padre antes de todos los tiempos (v. 24). Las palabras que Jesús dirige al Padre abren la mente y el corazón de los lectores a la posibilidad de «un mundo» que está tras «este mundo»: la visión de la gloria de Jesús, que existía, como resultado del amor del Padre por el Hijo, «antes de la fundación del mundo» (v. 24b).

De forma paralela a como anteriormente se ha dirigido Jesús al Padre como «Padre santo» (v. 11b), ahora dirige su oración a un «Padre justo» (v. 25). Un Dios que es justo actuará justamente con un mundo que no lo conoce, como también con aquellos que se dirigen a él como Padre. El sonido de un solo tema suena a lo largo de la secciones de apertura y conclusión de la oración: dar a conocer a Dios. En el v. 3, Jesús afirmó el principio de que la vida eterna procede del conocimiento de Dios y de Jesucristo, a quien Dios envió. En el v. 8,

afirmó que sus discípulos habían llegado a conocer a Dios y a aquel que había enviado. En la sección final de la oración, en los vv. 21 y 23, pide al Padre que este conocimiento sea el fruto de la unión entre los creyentes. Jesús ha dado a conocer a Dios, y sus discípulos y otros creyentes han llegado a conocer al Dios y Padre de Jesús como su Dios y su Padre (v. 25). Jesús ha dado a conocer todo lo que puede conocerse de Dios (v. 26a), y esta tarea reveladora proseguirá durante el breve tiempo que le queda a Jesús (v. 26b). En efecto, el lector es consciente de que el clímax de la revelación de Jesús del amor de Dios todavía tiene producirse (cf. 13,1.19.34-35; 15,12-13). El enigma de la revelación del amor en una cruz pende amenazadoramente (cf. 13,1; 15,13).

La primera petición de Jesús en este pasaje conclusivo (v. 24) da esperanza a todos los creyentes. Trasciende su vida en el mundo y su misión hacia el mundo: que puedan contemplar la gloria que el Hijo poseía antes de la fundación del mundo. Su oración conclusiva (v. 26bc) envía a los discípulos al mundo, unidos por el mismo amor que une al Padre y al Hijo, dando a conocer a Dios mediante la autodonación amorosa, tal como Jesús les ha dado a conocer el nombre del Padre. Entre estas peticiones se encuentran las palabras en las que Jesús expone que ha dado a conocer a Dios (vv. 25-26a). Las primeras dos secciones de 17,1-26 (vv. 1-8; vv. 9-19) concluyeron con una sub-sección que sirvió de puente de una sección de la oración a la siguiente (vv. 6-8; vv. 17-19). La sección final de la oración (vv. 20-26) concluye con palabras que ponen fin a la oración que Jesús hace a su Padre (vv. 24-26).

.- **Conclusión a 13,1-17,26:** El relato joánico del último encuentro de Jesús con los discípulos está caracterizado por una estructura literaria y una argumentación teológica unificadas que son perfectamente discernibles. El siguiente contenido nos suministra un sumario de la estructura literaria y la argumentación teológica, poniendo en conjunción elementos que ya han sido estudiados en varias partes a lo largo del comentario.

.- 13,1-38: Jesús da a conocer a Dios mediante el amor perfecto que muestra por sus frágiles discípulos. En y mediante su amor, Jesús es glorificado, y Dios es glorificado en él. Los discípulos han de ser reconocidos como los enviados de Jesús en la unidad creada por el amor que se tienen entre sí.

.- 14,1-31: Jesús instruye a sus falibles discípulos sobre su partida y sobre las condiciones y desafíos que tendrán que afrontar. Serán guiados por el Paráclito durante su ausencia física; el amor, la fe, la alegría y la paz deberían ser suyos, al ser integrados en el amor que une al Padre y Jesús, el Enviado.

.- 15,1-11: La unidad, la alegría y la fecundidad proceden de permanecer en Jesús, la vid verdadera, y en ser introducidos en su unión permanente con el Padre.

.- 15,12-17: Los discípulos de Jesús tienen que amar como él les ha amado, como consecuencia de lo que él ha hecho por ellos.

.- 15,18-16,3: El odio, el rechazo, la expulsión y el asesinato vendrán de «los judíos», la falsa vid que ha rechazado a Jesús y al Padre.

.- 16,4-33: Jesús instruye a sus falibles discípulos sobre su partida y sobre las condiciones y desafíos que deben afrontar. Serán guiados por el Paráclito durante su ausencia física; la alegría y la confianza deberían ser suyas, pues son amados por el Padre que envió a Jesús.

.- 17,1-26: Jesús da a conocer a Dios mediante el amor perfecto que muestra por sus frágiles discípulos. En y mediante su amor, Jesús es glorificado, y Dios es glorificado en él. Los discípulos han de ser reconocidos como los enviados de Jesús en la unidad creada por el amor que se tienen entre sí.